

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbará, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 227

25 cts.



**LA MUJER
DE LOS GANSOS**

POR
JACK PICKFORD,
CONSTANCE BENNETT,
Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Vía Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 227

LA MUJER DE LOS GANSOS

Comedia sentimental, de intensa emoción,
interpretada por el simpático actor

JACK PICKFORD

y las geniales artistas

Mary Dresser, Constance Bennett, etc.

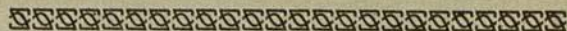
Producción **UNIVERSAL FILMS**

Exclusiva de

Hispano-American Films, S. A.

Valencia, 233. - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
LILLIAN RICH



LA MUJER DE LOS GANSOS

Argumento de la película

Muy cerca de la ciudad gigante, en el corazón mismo del aristocrático Long Island, como un andrajo en la suntuosa tapicería del paisaje, hay un páramo sombrío e inhospitalario, y allí una casuca ruïnosa y siniestra.

La moradora de esta verdadera pocilga es una mujer de edad indefinida a quien la suciedad y el abuso del alcohol han envejecido, tal vez, prematuramente.

Cuando comienza esta narración la hallamos hojeando restos de periódicos y revistas, carcomidos por la acción del tiempo, en los que se ensalzan la belleza, la juventud y los méritos artísticos de la

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

eminente diva María Naldi, de cuya muerte para el arte, en aras de la maternidad, da cuenta también alguno de los diarios que tiene entre sus manos.

Y es que María Naldi es ella; la que un día arrebató a los públicos, la que perdida la voz y olvidada de todos, se retiró a este tugurio, hace ya muchos años, y en él vive, consagrada al cuidado de sus gansos, de los que toma el nombre por el que se la conoce por aquellos contornos, sin que nadie sospeche siquiera que aquel despojo humano fué un día la mujer de moda, ante la que se rindieron los magnates del mundo entero.

Allí, en su soledad, con la única compañía de la botella de ginebra, recuerda tiempos pasados, leyendo la prensa de sus días de gloria y escuchando en un fonógrafo que forma parte de su mísero ajuar, el único cilindro que guarda el eco mágico de su mayor triunfo.

Aquel frágil objeto de cera constituye todo su amor y a él prodiga todas sus caricias.

Ya hemos dicho que María Naldi murió para el arte en aras de la maternidad, lo que equivale a tanto como a decir que tuvo un hijo, hijo que vive y que es ya un hombre de provecho, para quien cada visita a la casa de los gansos es una dolorosa peregrinación.

Sin embargo, Gerald Holmes, que así se llama el joven de referencia, es feliz en los momentos presentes. A ello contribuyen la posesión de su primer automóvil y un ascenso que acaba de conseguir. Y en tal estado de ánimo llega esta noche a casa de su madre, conduciendo el coche de su propiedad.

Pero como en la vida no hay dicha completa,

cuando ya está cerca de la casa de los gansos, al trasponer un puentecillo de madera sufre una pequeña avería a consecuencia de la cual se le apaga uno de los faros del auto sin que acierte a reparar el desperfecto. Y en tales condiciones llega al



—¿Quién anda ahí?

final de su viaje, siendo recibido por los ladridos del perro, inmundo, como su dueña, que guarda la casa.

—¿Quién anda ahí? — pregunta la mujer de los gansos, requiriendo al propio tiempo su escopeta, al sentir los ladridos del animal.

—Soy yo, mamá — grita Gerald.

El recibimiento que hace la mujer de los gansos a su hijo no puede ser menos afectivo, si bien es verdad que se halla bajo los efectos de la ginebra, estado casi corriente en ella.

Gerald va a besar a su madre, pero al percibir el olor que despidе se contiene y ella, al observar el involuntario movimiento de repulsa, le dice:

—Puedes guardarte ese beso que ibas a darme... Pero te puedes guardar también el consabido sermón antialcohólico... ¿Sabes?

—Mamá, por Dios... — le responde Gerald.— Tengo ahora los medios de acabar con todo esto... ¿Por qué no me dejas que...?

Y al aproximarse a ella de nuevo, cariñosamente, tropieza sin querer con el cilindro del fonógrafo que está sobre la mesa y que, al caer, se hace mil añicos.

La madre al verlo se exaspera; se pone fuera de sí; su indignación no reconoce límites y mientras recoge, uno por uno, los trozos de cera que guardaban el encanto de su pasada gloria, recrimina a su hijo con la mayor dureza.

—¡Mi voz, mi pobre voz! ¡No fué bastante que la destrozaras al nacer para que ahora destruyas el único eco que de ella guardaba!

—Lo siento, mamá; ha sido sin querer — le responde el joven.

—¿Que lo sientes? ¡Qué sabes tú lo que es sentir! ¡Sentir es ver que por un imbécil como tú perdí el don divino de mi voz!

—Comprendo tu dolor, mamá, pero aquello fué una fatalidad que ni tú ni yo podíamos...

Más la madre no le escucha. En el paroxismo de

la desesperación se va a él, y sin dejarle terminar la frase, le zarandea como a un muñeco, al propio tiempo que le escupe, materialmente, frases de desprecio.

—¡Sí! — le dice.— ¡Tú fuiste la causa! ¡Tú fuiste el que al venir a este mundo me transformaste de ruiñeñor a papagayo! ¡Tuya es la culpa y por eso te aborrezco! ¿Lo oyes? ¡Te odio!

—Aquello fué hace veinte años y entonces no podías odiarme... Ahora es el alcohol el que habla por ti... — se atreve a decir Gerald.

—¿Te atreves a llamarme borracha? ¿A mí? ¿A tu propia madre?

Y abriendo precipitadamente la puerta de salida e indicándole con el brazo que se vaya, añade:

—¡Vete! ¡Vete de aquí! ¡Y que no vuelva yo a verte más!

Y Gerald parte ; parte, sí! con el alma destrozada...

*
**

En la cercana ciudad hay un lugar que tiene la virtud de disipar en el corazón de Gerald todas las negruras del drama de su vida y de alumbrarlo con una rosada esperanza; el teatro.

Y es que en él trabaja Lucrecia Woods, el amor de los amores de Gerald Holmes, y allí se dirige el joven al salir de casa de su madre.

—¡Hola, Jacobo! — le dice al portero del escenario, un anciano de respetable cabellera blanca, que siente un tierno afecto por la ya célebre artista, de la que es confidente en sus amores con Gerald.

—¿Qué tal, muchacho? ¿Has heredado? — responde el anciano al saludo, aludiendo, naturalmente, al automóvil.

—¡Ese endemoniado farol me ha retrasado tanto! ¿Ha salido ya a escena? — Y añade: — Mi buen Jacobo... ¡Tú sabes cómo la quiero! ¿Verdad?

—¡Sí, Gerald...! ¡Y también yo! ¡Si vieras con qué ganas pido a Dios que os caséis pronto y abandone, para siempre, este teatro que ha visto desfilar tantas víctimas!

Antes de pasar adelante hemos de decir que Lucrecia Woods, una niña casi, había paladeado ya las mieles del triunfo, pero su alma sencilla y buena no se había contaminado con el veneno de los halagos, ni deslumbrado con el brillo del éxito...

Cuando Gerald Holmes penetra en el teatro, Lucrecia se halla en escena y el joven aguarda pacientemente a que haga mutis, y una vez que la tiene a su lado, le dice, rebosante de alegría, aun cuando sus palabras dejen entrever un profundo sentimiento de tristeza:

—Ya tengo el coche, pero no me he atrevido a decírselo a mamá. Todo lo que no sea vivir como ella, le parece absurdo.

Y tras una breve pausa, añade:

—Me han concedido la representación de que te

hablé y pronto vamos a tener una barbaridad de dinero, chiquilla.

En tanto ha llegado a la puerta del teatro un "botones" portador de una gran caja, de la que hace entrega a Jacobo, el portero, junto con una tarjeta en cuyo sobre se lee:

"Srta. Lucrecia Woods".

Jacobo, apenas se ha alejado el mensajero, saca la tarjeta, y al ver confirmada su sospecha de que es de César Ethridge, el empresario, cuyas asiduidades para con la joven actriz constituyen un serio peligro, la rompe y arroja la caja al cesto de los papeles inservibles.

¡Lo que es por esta vez el regalo del empresario conquistador no irá a llenar de inquietudes una conciencia pura!

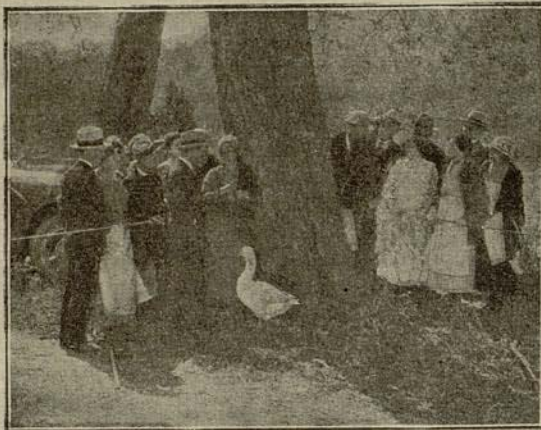
Y así termina aquella noche y amanece el día siguiente.

*
**

Apenas el sol ha dorado con sus rayos la campiña, inundando de luz la casuca, ya que no el alma de la mujer de los gansos, llega hasta ésta una noticia sensacional. El encargado de dársela es un mucha-

cho, habitante en aquellas inmediaciones, que con su bicicleta se dirige al trabajo.

—Deben haber asesinado al señor Ethridge — le dice—. Allí está a la puerta de su finca, más tieso que un ajo...



—¿No oyó ni vió usted algo anormal anoche?...

Y mientras la mujer de los gansos se dirige, con paso vacilante, al lugar del suceso, no muy distante de su casuca, la policía recibe aviso del trágico descubrimiento...

Por cierto que el jefe de vigilancia, Miguel Kelly, a quien sorprende la noticia entregado a hallar la

solución de un juego de palabras, la encuentra en el aviso.

—No puedo acabar este rompecabezas—, decía a sus subordinados — hasta saber qué palabra que empieza con H y tiene nueve letras, significa un descenso en la población.

—¿No será "Hecatombe", mi jefe? — le decía uno de los agentes a sus órdenes.

—No, no es "Hecatombe"—. En este momento me han dado la solución por teléfono: es "Homicidio"... y ahora mismo vamos adonde se ha perpetrado.

Y, en efecto, momentos después llega la policía al lugar del crimen, invadido ya por los curiosos, entre los que figura, en primer lugar, la mujer de los gansos.

Con la policía y con el Juzgado va un médico forense, quien después de reconocer el cadáver, emite su parecer, claro que con la convicción propia del caso:

—Debe hacer ya algunas horas que está muerto — dice—. Tiene seis heridas de arma de fuego, algunas mortales de necesidad...

Uno de los agentes se encara con la mujer de los gansos, la persona de peor aspecto de las allí reunidas, y le pregunta:

—¿Sospecha usted quién pueda ser el asesino?

—¿Yo? ¿Por qué he de sospechar de nadie? — responde la interpelada.

Entre el público allí congregado también hay quien cree que la mujer de los gansos, cuya propiedad linda con la del muerto, debe saber algo del crimen, y así se lo dice a uno de los periodistas presentes. Este, acercándose ceremoniosamente a la desgreña-

da mujer, le dice, al mismo tiempo que le hace entrega de una tarjeta que le acredita como "chico de la prensa":

—¿No oyó o vió usted algo anormal anoche?

—Alrededor de las diez oí unos tiros... Creo que seis... Pero estaba tan asustada que no me atreví a salir de casa...

En tanto la policía, registrando el cadáver, encuentra en uno de los bolsillos de su americana una esquila, de letra femenina, en la que se lee:

"Esperaré después de la función del jueves y podremos hablar libremente".

Y mientras la policía da por terminadas sus primeras pesquisas con el hallazgo de esta posible pista, y el Juzgado ordena el levantamiento del cadáver, los repórters se encaminan a sus respectivas redacciones dispuestos, como siempre, a echar a volar su fantasía...

Momentos después las linotipias trepidan; algo más tarde las rotativas crujen, vomitando cientos de miles de ejemplares; y al cabo de un rato la moderna diosa de los cien ojos, cien bocas y cien orejas: la prensa, lanza a los cuatro vientos la sensacional noticia del misterioso crimen...

*

**

Las informaciones de los periódicos aparecen hechas a base de las lacónicas referencias dadas por la mujer de los gansos, a la que tratan con una serie

de desconsideraciones muy en armonía con su aparente condición y con el desenfado que caracteriza a esos obreros de la pluma que redactan esas hojas diarias y volanderas...

La mujer de los gansos, al leer lo que de ella dice la prensa, exclama:

—¡Desdichada mujer de los gansos! ¿Eh? ¡Conque siempre borracha! ¡Bandidos! ¡Vais a ver como os pesque!...

Y llevada de un arrebato de cólera coloca a la puerta de su casa una gran pizarra en la que escribe con yeso:

"¡Nadie se acerque! A todo periodista que pase de esta puerta le pegaré un tiro".

El aviso no puede ser más oportuno por cuanto instantes después hacen su aparición varios repórters, provistos algunos de su cámara fotográfica y dispuestos todos a arrancar a la mujer de los gansos la revelación del misterioso suceso.

—Somos de la prensa — le dicen al divisarla desde lejos—. ¿Quisiera usted darnos sus impresiones acerca del crimen de ayer?

—¡Ah, canalla! — contesta la indignada mujer, dirigiéndose al periodista que el día anterior le hizo decir lo poco que dijo—. ¡Ya te reconozco! ¡Tú eres el sinvergüenza que me ha llamado desdichada borracha! ¡Largo de aquí!

—¡Señora!... No se ponga usted así — le responde el aludido—. ¿No dijo usted que había oído unos tiros? ¿Cuántos fueron?

—¡Los mismos que te voy a pegar a ti como no salgas de aquí en seguida!

—¡Vamos, señora, sea usted amable! ¡Díganos lo que sepa...! Publicaremos su fotografía...

—¡Tienes tres segundos para largarte de aquí o para que yo te mande al infierno!



—...para que accediese a su pretensión amorosa.

Y uniendo la acción a la palabra, al ver que el periodista no le hace caso y sigue avanzando hacia ella, se echa la escopeta a la cara; apunta y suena un tiro.

El periodista, en su precipitada huida cae en la balsa que sirve de baño a los gansos, y como la escena no deja de tener gracia, sobre todo para los

que la presencian desde la parte de afuera de la empalizada que cierra la finca, uno de los fotógrafos allí presentes requiere la máquina, apunta también y dice al compañero que lucha por salir de aquel baño de suciedad:

—¡Sonríe!

—¡Me las vas a pagar, bruja! — exclama el remojado repórter cuando ya, en unión de sus compañeros, se cree fuera de todo peligro.

En tanto Lucrecia Woods, la joven actriz, recibe en su casa una doble visita: la del juez del distrito de Long Island, acompañado por Kelly, el jefe de policía.

Este, mientras la doncella anuncia su llegada a la dueña de la casa, efectúa un rápido registro y en uno de los cajones del "secretaire" de la artista encuentra papel igual al de la carta de letra de mujer hallada en uno de los bolsillos de Ethridge, el empresario asesinado, y cuyo perfume es también el mismo.

—Tiene usted una casa muy bien puesta, señorita — dice el policía a Lucrecia.

—Sus relaciones con el señor Ethridge, fueron siempre cordiales... ¿no es eso? — le pregunta el juez.

—Tengo entendido que sentía un profundo cariño por... por su carrera artística — añade Kelly.

—¿Podría usted precisar en dónde y cuándo fué la última vez que vió usted al señor Ethridge? — le dice el funcionario judicial.

—En el teatro, la misma noche del... El jueves por la noche.

Entonces Kelly le muestra la nota encontrada sobre el muerto y le pregunta:

—¿Ha visto usted esta nota antes de ahora?

—¡Pues, claro! ¡Cómo que la escribí yo! — responde la joven con la mayor naturalidad.

—¿Y por qué la escribió?

—Quería comunicar al señor Ethridge algo importante para mí... algo muy personal...

Y entonces Lucrecia explica que el jueves por la noche había recibido la visita, en su cuarto del teatro, del señor Ethridge, quien, dando, sin duda, una interpretación equivocada a su llamamiento, había insistido, una vez más, en sus protestas de amor hacia ella, acompañando con sus palabras la entrega de un valioso collar de perlas, que ella rechazó, como rechazó igualmente su requerimiento para que accediese a su pretensión amorosa...

—De modo que el señor Ethridge y usted eran novios — dice el policía en cuanto la actriz da por terminado su relato.

—El señor Ethridge era mi empresario, mi director artístico — responde la joven, y añade—: Entre él y yo no había otra clase de relaciones que las puramente relativas al teatro...

—No creo que haga falta — dice por último el juez—, pero esté usted preparada a recibir una citación si creemos oportuno su testimonio.

*
**

Desde casa de Lucrecia el juez y el policía se dirigen a la de la mujer de los gansos.

Esta, al principio les recibe con recelo, que se disipa al hacerle entrega el juez de su tarjeta.

—Temí que fueran ustedes de algún periódico — dice la visitada para justificarse.

—Venimos porque creemos — añade el juez — que puede usted aportar alguna luz al sumario.



—¿Juraría usted que es cierto cuanto ha dicho?

Es de advertir que esta diligencia se llevaba a cabo rodeándola de las posibles precauciones para que la mujer de los gansos no pudiese salir a última hora con alguna andanada de las suyas. A dicho efecto habían instalado previamente un micrófono y

fuera el secretario del juez iba tomando nota de cuanto se hablaba en el interior de la casa.

—Ante todo — empieza diciendo la mujer de los gansos—, quiero que la prensa me trate con los respetos que se deben a una dama...

—Señora — le dice el juez —, si su declaración puede llevarnos al esclarecimiento del hecho, yo hare que su nombre figure en la cabecera de todos los periódicos del país...

—A mí me han dicho — interrumpe el jefe de policía—, que usted y el señor Ethridge sostenian frecuentes disputas porque sus gansos invadían su propiedad.

Pero la mujer de los gansos no le escucha; su pensamiento está fijo en el ofrecimiento que le ha hecho el juez y, fija en esta idea, acaba por decir:

—¿Asegura usted que mi nombre aparecerá en todos los periódicos si le digo algo de mucha importancia?

—Cuenta usted con ello.

—Pues, bien, allá va lo que vi. Aquella noche, a eso de las diez, sentí el motor de un automóvil; apagué la luz, para no ser vista, y salí. Un coche, con uno de los faros apagados, pasó junto a mí. A poco paró y vi descender de él a un hombre cubierto con un guardapolvo blanco y vi también como se aproximaba, sigilosamente, a la finca del señor Ethridge, que en aquel momento se disponía a abrir la puerta. Sonaron seis disparos. El señor Ethridge cayó para no levantarse más y su matador volvió a subir al coche y se alejó de allí... Yo, helada de espanto, apenas tuve fuerzas para volver a casa y encerrarme...

—Eso echa por tierra su hipótesis a propósito de Lucrecia Woods — dice el juez al policía.

—Suponiendo que todo ello sea cierto... ¿qué jurado concedería importancia a esa declaración? — le responde éste.

—¿Juraría usted que es cierto cuanto ha dicho? — pregunta el juez a la mujer de los gansos.

—¿Y cómo es que hasta ahora no dijo usted una palabra de ese misterioso automovilista del guardapolvo blanco? — arguye Kelly.

—No quise hablar con los periodistas... Son todos unos trapalones que me insultaron... me trataron como a una cualquiera...

Como las manifestaciones hechas por la mujer de los gansos, que ha ido transcribiendo el secretario del juez, han tomado carácter de declaración jurada, le es dada lectura de ella y puesta a la firma.

Y la mujer de los gansos no tiene inconveniente en ello. Con pulso todo lo seguro que su estado de alcoholismo crónico le permite, estampa su nombre y su apellido al pie de la declaración...

—María Naldi — exclama el juez al leer la firma—, ¡Qué extraña coincidencia!

—No hay tal coincidencia; yo soy María Naldi — dice la mujer de los gansos adivinando el pensamiento del juez.

—¿No pretenderá usted que es la misma María Naldi, la célebre soprano que...?

—¡La misma...! ¡Voy a darle las pruebas!

Y pone ante los asombrados ojos del juez y los no menos asombrados del jefe de policía, los periódicos que hablan de ella y la colección de retratos en los

que aparece en las distintas óperas de su repertorio.

—¡Me parece que la estoy oyendo cantar en París, hace más de veinte años! — exclama el juez — y añade—: ¡Es María Naldi! Y yo haré que el Jurado la crea.

—De modo que ya lo sabe — dice por último dirigiéndose al jefe de policía—. Si encuentra usted al propietario de ese automóvil con un solo faro útil, habrá hallado al asesino—. Y volviéndose a la mujer de los gansos, le dice a su vez:

—Vaya a verme mañana, a las dos, al Hotel, señora Naldi.

Y los dos funcionarios abandonan la misera casuca dejando a su moradora completamente transfigurada...

¡No! ¡María Naldi no había muerto!... Bien lo sabía ella... Y mañana su nombre, repetido por millones de bocas, sería otra vez famoso como en sus tiempos de mayor gloria... La que había muerto aquella noche era *la mujer de los gansos*...

En tales meditaciones le sorprende la nueva visita de su hijo.

—¡Mamá! — dice Gerald desde el quicio mismo de la puerta—. Estaba intranquilo porque no pude venir antes.

—¿Intranquilo?... ¡No parece sino que alguna vez te hayas roto una pata por venir a verme!

—No es eso, mamá... Si hubiera estado aquí habría podido evitar toda esa publicidad... Si te llaman a declarar saldrán a relucir los menores detalles de nuestra vida...

—¡Ah, comprendo! El caballerete se avergüenza de

ser hijo de la mujer de los gansos... ¡No quiere que la gente se entere!

—No me avergüenza, mamá... Pero no creo que el



—¡No sufras, amor mío! ¡Con mi cariño inquebrantable yo restañaré la herida de tu corazón!

secreto de tu misera vida, de la que siempre he querido redimirte, sea muy edificante para lanzarlo a los cuatro vientos... ¡Además, pronto voy a casarme, y...!

—¡Ninguna mujer decente es capaz de casarse contigo!

—¡Por favor, mamá!

—¿Has pensado alguna vez que eres un... don Nadie?... No basta con ser honrado y ganar lo suficiente para mantener un hogar...

Mas como quiera que Gerald no da todo el alcance que tienen a las palabras de su madre, ésta le dice:

—Veo que no me entiendes. Tendré que hablarte más claro.

Y acercándose a él desliza, casi a su oído, el acerbo secreto de su nacimiento.

—Tenía todo lo necesario para triunfar... Juventud, belleza, temperamento artístico y una voz maravillosa... Pero la Fama cuesta cara... Y yo tuve que pagar su precio... que fué el de mi honra... Con tu nacimiento lo perdí todo... Y si ahora destruyo tu felicidad no hago más que devolverte un poco del mal que me hiciste...

—Me has arrebatado algo más que la felicidad — le responde Gerald—. ¡Me has quitado la esperanza...! ¡Y me has hecho conocer algo monstruoso; ¡una mujer sin amor maternal!

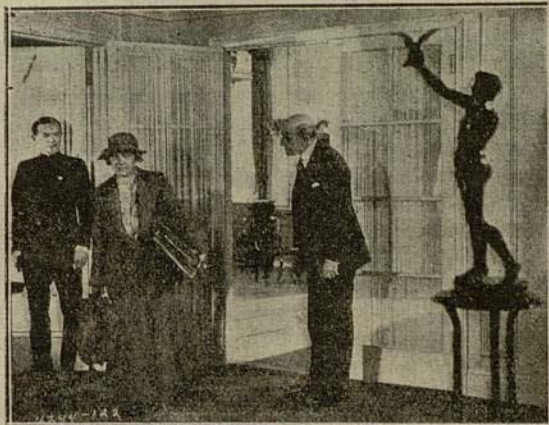
*
**

Para Gerald no quedaba ya nada en el mundo...
Ni palabras para contar su desgracia...

Tal es el estado de su ánimo al llegar a casa de Lucrecia.

—¿Qué te sucede?... ¡Cuéntame qué es lo que te pasa! — le dice la joven.

—¡Ojalá que la lámpara de la vida no hubiese



...la mujer de los gansos, o sea Maria Naldi, se presenta a las dos de la tarde en el Hotel.

alumbrado jamás para mí! — contesta Gerald por toda respuesta.

Y al cabo de unos instantes de silencio añade:

—Lucrecia... Te he estado engañando sin saberlo... Mi apellido...

A estas entrecortadas frases sigue el relato de la

amarga verdad que acaba de hacerle saber su madre.

—Al decírmelo parecía que gozaba con mi martirio... — exclama al concluir su dolorosa declaración.

—¡No sufras, amor mío! ¡Con mi cariño inquebrantable yo sabré restañar la herida de tu corazón!

Pero el destino cruel corta bruscamente este tierno idilio.

Kelly, el jefe de policía, que sigue con sospechas acerca de la actriz y que vigila su casa, tiene ocasión de ver un automóvil parado a la puerta, le examina y comprueba que uno de sus faros no funciona. Además, en la caja del coche hay un guardapolvo blanco...

Las pruebas son concluyentes. Aquel auto es el del matador de Ethridge, según la referencia dada por la mujer de los gansos, y su propietario debe hallarse en casa de Lucrecia Woods.

Kelly entra en ella y llega hasta la habitación en que están los jóvenes, y encarándose con Gerald le pregunta:

—¿Es de usted el coche que está ahí afuera?

—Sí, señor, es mío — le responde el joven.

—Pues venga con nosotros. El juez del distrito tiene mucho interés en conocerle personalmente.

—¡Vuelvo en seguida! — dice Gerald a Lucrecia, disponiéndose a salir.

—De todos modos no le espere hasta muy tarde, señorita — añade por su cuenta Kelly.

*
**

Con una puntualidad realmente matemática, la mujer de los gansos, o sea, María Naldi, se presenta, a las dos de la tarde, en el Hotel donde se hospeda el juez de Long Island.

Este, que tiene citados a los periodistas para una hora más tarde a fin de hacerles la presentación de la famosa diva, cuyo recuerdo era lo único que quedaba en la memoria de los no muy desmemoriados, cree y cree con razón, que lo primero que hay que hacer es ponerla en condiciones de ser presentada, a cuyo efecto se la confía a una camarera, que ya lo tiene dispuesto todo, para meterla en luz, mediante todos los procedimientos a su alcance, desde el elemental baño, hasta el complicado masaje facial, todo ello aparte de cambiar sus ropas, completamente impropias de una cantante de postín, por un traje más en armonía con la moda actual.

Y mientras la mujer de los gansos es sometida al suplicio de quitarle de encima toda la roña acumulada durante más de veinte años de abandono, el juez lee a los chicos de la prensa la declaración prestada por la testigo:

—Y esto que acabo de leerles, señores periodistas, es la declaración jurada de una testigo presencial: María Naldi — dice el juez por último.

—¡Vaya fantasía! ¡Hace más de veinte años que murió! — exclama uno de los allí presentes.

—Les prometí a ustedes la información más sensacional de su vida, y ahí está. Ahora cumplan ustedes su misión de periodistas y no escatimen espacio.

Y al decir esto abre la puerta y aparece en ella María Naldi en persona.

—¡María Naldi! — exclaman todos al verla.

*
*
*

En otro sitio no muy apartado del Hotel se desarrolla, en cambio, una escena tristísima.

Gerald Holmes, ante el jefe de policía y unos cuantos agentes, trata en vano de convencerles de su inocencia.

—¡Esto es horrible! — exclama presa de la mayor desesperación—. ¡Yo no he sido! ¡Lo juro!...

—¿No pasó usted cerca del lugar del suceso llevando apagada una de las luces del coche? — le pregunta Kelly.

—¡Sí!... Se me apagó al cruzar el puentecillo que hay cerca de la casa de mi madre... Al tratar de reparar la avería, la corriente eléctrica me hizo sol-

tar los alicates, que cayeron al agua... Y desde entonces ando así...

—¡Que se busquen esos alicates! — ordena Kelly a dos de los agentes.



—¡María Naldi! — exclaman todos al verla.

—¿Sabía usted que Ethridge se veía, secretamente, con Lucrecia Woods? — sigue preguntando el jefe de policía.

—¡Es una infame mentira! — responde Gerald, rápido como una centella.

—No se sulfure, joven... Era la comidilla de todo el mundo... Hasta los gatos lo sabían... Es la eter-

na historia... La artista bonita... el prócer generoso... el novio que se entera... ¿No ve usted que está más claro que el agua?

—¡Acabarán ustedes por volverme loco! ¡Llegaré a creerme que soy yo el asesino!

—¡Pues, claro, hombre! Firme usted aquí, y asunto concluido...

—¡Dios mío! ¿No ven ustedes que soy inocente... que yo no he podido hacer eso?...

*
**

Y mientras la prensa lanza a la calle sus extraordinarios con las sensacionales declaraciones de María Naldi, el juez se dispone a que ésta haga la identificación del detenido.

—Tráigala aquí — ordena — para ver si reconoce al hombre del guardapolvo blanco.

Una vez que María Naldi ha sido trasladada desde el Hotel a la Jefatura de Policía, el juez le dice:

—Su declaración condujo a la detención de un hombre que está detrás de esa cortina. Si le reconoce usted como el individuo que hizo los disparos, nos suministrará el último eslabón de la cadena de circunstancias que se necesitan para mandarlo a la silla eléctrica.

Y la cortina se corre y el hombre del guardapolvo blanco, vuelto de espaldas, aparece ante los ojos de María Naldi.

Esta le mira asombrada; no sabe qué decir; pero un impulso secreto la lleva hacia él.

El detenido vuelve entonces la cabeza instintivamente; es Gerald, su hijo.

—¡Mamá! — exclama éste al verla...

Mas la cortina cae de nuevo y los separa...

—¿De modo que le reconoce usted?

—¡Si es Gerald! ¡Si es mi hijo!

—Es una fatalidad... pero es su declaración la que le ha perdido, lo que demuestra que por encima de todo, hasta del amor maternal, está la verdad — dice el juez.

—¿La verdad? ¡No! ¡Mi testimonio fué falso! — responde María Naldi—. No he contado más que una fábula tejida con embustes... ¡Era la única ocasión de volver a mi público! ¡Era la única oportunidad de que mi nombre volviera a ser famoso! ¡Mi delirio de popularidad lo inventó todo! ¡Yo no he visto nada! ¡No sé nada! ¡Todo mi afán era volver a ver mi nombre en letras de molde! ¡Pero nunca me imaginé que pudiera perjudicar a mi hijo!

—Es muy natural que **ahora** mienta usted para salvarle... Pero eso no modifica en nada el sumario, que doy por concluso — le contesta el juez.

—¡No lo detendréis, no! — exclama María Naldi, llena de angustia—. ¡Es inocente! ¡Yo soy la culpable de todo!

La llegada de los dos agentes que fueron a buscar los alicates en el fondo del arroyo pone fin a la escena.

—En vez de los alicates hemos encontrado esta pistola — dicen, añadiendo—: Y como en el libro registro de permisos para uso de armas, está registrada a nombre de Jacobo Riggs, conserje del Teatro Ethridge, lo traemos con nosotros por si su declaración puede ser de interés.

En efecto, allí está el buen viejo.

—¿Es de usted esta pistola? — pregunta Kelly a Jacobo.

Pero este, sin contestar, se dirige a Gerald que junto con Lucrecia y con su madre está en un ángulo del salón y les dice:

—¿Qué habéis venido a hacer aquí?

—¡Acusan a Gerald de haber matado a Ethridge!

Entonces y sólo entonces se vuelve Jacobo al policía y contesta a su pregunta:

—¡Sí, es mía! ¡Fuí yo quien le mató... y bien muerto está!... ¡No me arrepiento! ¡Era un mal bicho! Al matarlo como a una alimaña que era, no he hecho más que vengar a muchas víctimas inocentes y salvar de sus garras a Lucrecia, que es para mí como una hija...

—¡Gracias a Dios que hemos dado con la solución de este rompecabezas! — exclama el jefe de policía.

Y, a propósito de rompecabezas: ¿saben ustedes qué palabra es la que empieza con *F*, tiene nueve letras y significa una cosa muy codiciada por todo el mundo, que tiene que ser ganada a pulso?

Felicidad

Pues esa es la que aguarda a Lucrecia, a Gerald y a la que dejó de ser *la mujer de los gansos*, no para convertirse en María Naldi, cosa imposible ya a sus años y sin voz, sino en *madre*.

En cuanto al abnegado conserje, ciertas oscuridades en la vida del asesinado empresario le evitarán, seguramente, el suplicio de ver consumirse en horrida cárcel el resto de sus avanzados días.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO

La preciosa comedia americana

ECHANDO CHISPAS

Creación del simpático artista MONTE BLUE
y de la bellísima PATSY RUTH MILLER

ASUNTO INTERESANTÍSIMO

Postal-fotografía regalo: EUGENE O'BRIEN

"La Novela Semanal Cinematográfica" sale todos los miércoles

Precio: 25 CÉNTIMOS

SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS

COLECCION USTED
LOS SUGESTIVOS LIBROS DE LA
BIBLIOTECA

Los Grandes Films

CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES:

Los Hijos de Nadie.-El triunfo de la mujer.
El prisionero de Zenda.-El joven Medardus.-Los enemigos de la mujer.-Una mujer de París.- El Corsario.-Para toda la vida.-Cyrano de Bergerac.-De mujer a mujer.-La Hermana Blanca.-El milagro de los lobos.-¡¡París...!!-Venganza de mujer.

Precio de cada libro:
UNA PESETA

Teresa de Ubervilles.-Maciste, Emperador.-Lirio entre espinas.-El que recibe el bofetón. - Rómula. - Janice Meredith. - El Fantasma de la Opera.-El trono vacante. El Cald. - Madame Sans-Gêne. - América. Cuando las mujeres aman.-El Capitán Blood.-Más fuertes que su amor.-Ella... Demasiadas mujeres. - Nobleza baturra. Cenizas de Odio.-El Rajá de Dharmagar. El difunto Matías Pascal. - La marca de fuego. - Los Hijos de Nadie. - Pescador de Islandia. - La 8.^a mujer de Barba Azul.

Precio: 50 céntimos

Próximo número:

EL BESO DE LA VICTORIA
por Aimé Simon Girard

Bicolor, 64 páginas

50 céntimos